

EDITORIAL

Este 2020 fue, por mucho, la búsqueda incesante de una escuela que ya no está más, lo idóneo será pensar en su reconstrucción para enfrentar el futuro inmediato.

Un poco y un mucho del pasado, el presente y el futuro de la escuela es lo que estamos viviendo actualmente quienes directa o indirectamente tenemos que ver con los procesos educativos, sabemos de sobra que la escuela ya no es la misma que conocimos hace 9 meses (justo cuando se suspendieron de las clases presenciales), como tampoco será la misma cuando regresemos a la normalidad, principalmente porque la educación virtual y a distancia deberá continuar por el bien de docentes, estudiantes, padres y madres de familia, tutores y los diferentes protagonistas que conforman la escuela y le apuestan a un mejor futuro de la educación y la vida del mundo actual.

El 24 de agosto inició en México el ciclo escolar, el cual, ha sido una prueba para todos, sobre todo para la SEP, las televisoras, docentes, estudiantes y padres de familia; hemos visto cómo cada familia enfrenta la realidad escolar como puede. En este proceso han ido resolviendo las dificultades que se van presentando, lo mismo encontramos familias donde nadie acompaña a sus hijos en las clases a distancia porque han salido de casa a buscar el sustento y/o porque no tienen la tecnología básica ni la conectividad idónea, también hemos visto familias (que por su estatus económico) pueden contar con un docente contratado para acompañar a sus hijos y/o escuelas que han tomado sus precauciones para enviar docentes a los hogares para el trabajo presencial.

Así es, el ciclo escolar 2020-2021 se ha caracterizado por una evidente desigualdad y, mientras más dure la educación a distancia más acrecentará las diferencias entre los que tienen acceso a la tecnología y al acompañamiento y los que no.

Mucho de lo que se pueda hacer para disminuir esta brecha depende de la iniciativa que tienen los y las docentes, y está en ellos poder hacer la diferencia para que lleguen en tiempo y forma las actividades a sus estudiantes, lo mismo en fotocopias, por WhatsApp, Messenger, correo electrónico, Youtube, Classroom, etcétera, tal como lo hicieron al final del ciclo escolar

2019-2020, pero con la ventaja de que ahora tienen más experiencia en el uso de medios que la vez anterior, la cual los tomó desprevenidos y, sin embargo, salieron avantes.

Lo que no queremos es que nadie se aferre al pasado escolar, y mucho menos añore la vieja escuela enquistada en prácticas nefastas de la educación bancaria. Queremos que quienes hacen posible la escuela entiendan el fenómeno del Covid-19, ya que fue, es y será la oportunidad inédita que la educación estaba esperando para poder entender de una vez por todas que hace 20 años cambiamos de milenio y que la realidad exige una escuela acorde a los nuevos tiempos, una escuela del siglo XXI que atienda a niños y jóvenes nacidos en la era digital, producto la cuarta revolución industrial y nativos de los medios digitales.

¿Qué hace falta para que ello suceda? Obviamente que muchas cosas, principalmente voluntad, conocimiento y mucho, pero mucho presupuesto que garantice una educación (de excelencia como dicen sus promotores) y no sólo de discursos halagadores y compradores de votos electorales.

Sabemos que las aulas siguen donde siempre han estado, a lo mejor un poco más deterioradas y sucias por la falta de uso, además de vacías y sin el calor humano que les daban docentes y estudiantes, 2020 será recordado como aquel donde se quedaron desiertas, abandonadas y que cuando regresemos las encontremos limpias, con suficiente material y deseosas de sentir el calor, los gritos y las miradas de niños, niñas y jóvenes que las hacen existir.

Veamos pues que tanto podrán cambiar las aulas cuando regresemos a la normalidad, si seguirán aferradas al siglo XIX, al XX o si hay voluntad para que realmente respondan a las demandas del siglo XXI.